

«¿Y dónde está el príncipe Federico Carlos?»

«Está con siete cuerpos de ejército delante de Metz.»

Al oír esto conmovióse el emperador como herido de un rayo, pues esta noticia le aterrorizó, porque hasta entonces había creído tener delante todo el ejército alemán; mas se repuso al momento y la conversacion continuó, preguntando el rey si el emperador deseaba proponer algunas condiciones, á lo cual contestó Napoleon: «No, no tengo ningun poder. Soy un prisionero.»

«¿Y quién, si me es permitido preguntar, es el gobierno en Francia, con el cual pueda yo tratar?»

«La emperatriz y los ministros, en París, tienen todo el poder para tratar; yo no tengo poder ninguno, ni puedo dar órdenes ni ofrecer condiciones.»

El fin de la conversacion fué que el rey ofreció al emperador, salvo su parecer, el palacio de Wilhelmsöhe, cerca de Cassel, para morada, lo cual aceptó Napoleon agradecido, y despues no se dijo nada mas que mereciera recordarse. La entrevista habia durado quince minutos, al cabo de los cuales salieron el rey y el emperador de la galería; «destacándose maravillosamente la elevada y majestuosa estatura del rey de la pequeña del emperador (1).»

El emperador al ver al príncipe heredero de Prusia le alargó una mano, mientras que con la otra se enjugaba las gruesas lágrimas que corrian por sus mejillas. Conmovido y agradecido, habló de la bondad y generosidad que el rey le acababa de mostrar. El príncipe le preguntó con cariño si había podido descansar un poco durante la noche, despues del día terrible anterior, á lo cual el emperador contestó que el cuidado de los suyos no le habia dejado descansar; y al expresar luego el príncipe su sentimiento de que la guerra hubiese tomado un carácter tan sangriento, dijo el emperador que era demasiada verdad, y una verdad tanto mas terrible, cuanto que no se habia querido la guerra. Añadió que hacia ocho días estaba sin noticias de la emperatriz y de su hijo, y suplicó que se le permitiese telegrafiar en cifra, y siéndole permitido telegrafió á la emperatriz: «El ejército está derrotado y prisionero. Yo mismo soy prisionero de guerra.»

Despues de esta entrevista se dirigió el rey á recorrer las posiciones de su ejército vencedor, siendo recibido en todas partes, desde las dos y media hasta las siete y media, con indescriptible júbilo. Ya muy avanzada la noche regresó á su cuartel general de Vendresse, donde escribió al día siguiente por la mañana una carta detallada á la reina, que empezaba en estos términos:

«Ya conoces por mis tres telégramas toda la magnitud del suceso histórico ocurrido. Parece un sueño, aunque lo hayamos visto pasar en realidad hora tras hora. Cuando pienso que despues de una guerra afortunada no pude ya esperar nada mas glorioso durante mi reinado, y cuando ahora veo este acto histórico, me inclino ante Dios, que ha escogido solo á mí, á mi ejército y á mis aliados para cumplir lo sucedido, como instrumentos de su voluntad. Solo en este sentido puedo comprender esta obra para ensalzar humildemente la direccion y la merced de Dios.»

Por la tarde llegaron de Donchery á Vendresse los generales Moltke y Podbielsky, y entonces se celebró el gran con-

(1) Nota del 2 de setiembre en el *Diario del emperador Federico*.

sejo de guerra en el cual fué decidido y dispuesto el avance hácia París. La comida fué mas alegre que otros días, y por primera vez en esta campaña hizo servir el rey champaña, para dar mas solemnidad al brindis que pronunció á la salud del ejército y de las demás personas que habian contribuido al triunfo. «Hoy debemos beber agradecidos á la salud de mi bravo ejército, dijo el rey. Usted, señor de Roon, ministro de la Guerra, ha afilado nuestra espada. Usted, general Moltke, ha guiado nuestra espada; y usted, conde de Bismarck, ha llevado á su actual altura la política de la Prusia, que desde tantos años dirige. Bebamos, pues, á la salud del ejército, de los tres señores que acabo de nombrar y de cada uno de los presentes que ha contribuido segun sus fuerzas al triunfo.»

Así se expresó el monarca, entre cuyas cualidades mas nobles resaltaba una modestia verdaderamente conmovedora. Entre los corresponsales del cuartel general alemán, el que mejor observó y con mas acierto juzgó al rey fué el célebre corresponsal del *Times*, William Howard Russell, y éste escribió en la víspera de la batalla de Sedan en su diario:

«Segun todo lo que he visto del rey, jamás ha habido un general en jefe mas real y verdadero que este anciano monarca. La historia le hará justicia. Ahora le oscurece la fama de Moltke y de Bismarck; pero, no obstante, ejerce la influencia mas activa y vela minuciosamente sobre las operaciones militares; y no hay duda ninguna que tanto en la administracion del ejército como en la direccion del personal es el que manda. El ha creado este gran ejército y él lo sabe emplear. Su mirada es clara y penetrante, como si tuviese veinte años en lugar de setenta y tres, y entiende todo lo que se refiere á la clase militar desde el tacon de la bota hasta la punta del casco.»

El anciano rey acababa de cosechar lo que habia sembrado en su juventud. Cuando en el año 1815 hubo concluido la guerra universal, y cuando los pueblos volvieron á dedicarse á sus ocupaciones pacíficas, como si nunca hubiera de haber otra guerra, el príncipe Guillermo de Prusia continuó su carrera de soldado libremente escogida, como si la guerra hubiese de empezar al día siguiente. Sin sospechar ni remotamente que algun día le tocara ceñirse la corona, se dedicó á la mision de formar el ejército prusiano, y toda su ambicion fué hacerse un soldado perfecto, es decir, patriota armado, cumpliendo minuciosísimamente todas las reglas militares, y del mismo modo procuró tener esta arma principal siempre afilada y dispuesta. Por esto en vida de su padre, al tratarse de la organizacion del ejército, se puso decididamente de parte de los defensores del servicio universal obligatorio; y de su conviccion inquebrantable y de los secretos del arte militar, sacó la firmeza para llevar á cabo la reorganizacion del ejército. Cuando supo el júbilo con que en Berlín se habia recibido y celebrado el triunfo de Sedan, dijo al consejero Schneider: «¿Qué tal, si aquellos señores de la oposicion hubiesen logrado su intento contra mi reorganizacion del ejército? ¡Qué experiencia tan terrible hubiera tocado ahora á la Prusia! Ahora se verá por qué yo me mantuve tan firme. Bien se vé en el ejército francés adónde conducen estos experimentos parlamentarios (2).»

(2) *Vida del emperador Guillermo*, tomo I, pág. 227.

## LIBRO OCTAVO

LA REPÚBLICA FRANCESA Y EL IMPERIO ALEMÁN

### CAPITULO PRIMERO

REVOLUCION Y REPÚBLICA  
GOBIERNO Y CONTRA-GOBIERNO EN PARÍS

Bajo la impresion de las primeras derrotas del ejército del Rhin, el cuerpo legislativo habia votado una ley propuesta por Julio Favre en 11 de agosto, que fué proclamada el día 12 y llevada inmediatamente á ejecucion. Literalmente disponia esta ley el restablecimiento de la guardia nacional, que habia sido siempre una defensa ciudadana de las clases poseedoras; pero en realidad resultó un armamento general del pueblo y muy particularmente de las clases pobres. La ley era en concepto de sus autores una medida salvadora de defensa contra los prusianos; pero en la práctica resultó el armamento de todos los enemigos de la sociedad para derribar el poder del Estado y para dar origen á una guerra civil fratricida. Fué votada por unanimidad, sin contradiccion, á consecuencia de haberse apoderado de los ánimos ya una de aquellas ilusiones históricas que en tiempos de cambios de gobierno suelen hacer un papel funesto, ya la ilusion punible acerca del poder de la union ante el peligro de la patria.

Sobre esto dijo posteriormente ante la comision de informacion el baron Jerónimo David, que en el nuevo ministerio del 10 de agosto se habia encargado de la cartera de Obras públicas: «Hay tradiciones que se propagan de generacion en generacion, doctrinas erróneas que hasta son creidas por personas ilustradas. En Francia se habia repetido hasta la saciedad que si se hubiese armado al pueblo en 1815 no habria sucumbido la capital. Esta opinion, en mi concepto errónea, engañó á la cámara, que votó por unanimidad la ley de 1870 sobre la guardia nacional, ley que tantas desgracias ha causado y que quizás causará todavía muchas mas.» Luego añadió que en la comision habian hecho los ministros todos los esfuerzos imaginables para que la ley no fuese aprobada, diciendo que el dar armas á todos los ciudadanos sin diferencia no era un aumento de la fuerza defensiva contra el enemigo, porque los revolucionarios de oficio preferirian emplear sus armas, no en la defensa nacional sino para la revolucion. Al visitar los fuertes, dice el baron, los trabajadores empleados habian dicho á los centinelas: «Sois muy buenos chicos, porque os ocupais en la defensa. Nosotros conocemos ahora todas estas obras de tierra, porque en ellas hemos trabajado, y seremos los primeros que traeremos á los prusianos en el momento á propósito, porque los prusianos no son tan enemigos nuestros como la sociedad y el gobierno (1).»

(1) *Informacion parlamentaria*, tomo I, pág. 149.

El ponente Dreolle, que recomendó al cuerpo legislativo en 11 de agosto la mencionada ley en un discurso entusiasta, no creía en el odio fanático de clase que dominaba en todos los obreros; así es que dijo en su discurso: «Hoy no hay en esta cámara, como no hay en todo el país, mas que una sola política: la salvacion de la patria. Se ofrecen soldados y nosotros los aceptamos de todas partes. La nacion entera quiere levantarse; que se levante, pues, por nuestro medio y con nosotros sus elegidos. ¿Debemos hacer diferencias? No. ¿Puede haber temores? No. En este momento no hay pueblo que no tenga derecho á la confianza de todo el país. En todas partes hay el mismo entusiasmo, el mismo ardor. En todas partes están olvidadas las diferencias que la política habia fomentado y que el patriotismo ha extinguido. En Francia no hay partidos cuando el país necesita ejércitos; no hay matices de opiniones cuando el país necesita valor.» En esta confianza pasó el cuerpo legislativo mas allá de la proposicion de Julio Favre, que solo habia pedido armas para los electores; y en lugar de esto, se adoptó de la ley del año 1851 la disposicion siguiente: «Serán inscritos en las listas del servicio militar ordinario todos los ciudadanos de mas de veintiun años que se hallen domiciliados en la poblacion respectiva por lo menos con un año de antelación.» A los nuevos batallones fué concedido tambien el derecho de elegir sus oficiales, sargentos y cabos, debiendo continuar en sus puestos los oficiales de los batallones antiguos que habian sido nombrados por el gobierno. Sin embargo, antes de terminar el mes de agosto presentaron su dimision, excitados por el general Trochu (2), todos los oficiales antiguos de la guardia nacional, lo cual tuvo por consecuencia que á principios de setiembre estaban sin oficiales todos los batallones antiguos, cuyos individuos pertenecian sin excepcion á las clases poseedoras. De la llamada «guardia nacional del orden» no pudo reunirse ni tomar las armas ni un solo batallon; y solo estuvo pronta á entrar en combate y en marcha la guardia nacional del desórden, bajo la proteccion de Trochu y de sus guardias móviles, que contaban mas de 100,000 bayonetas (3) cuando París se conmovió al recibir la noticia de la rendicion de Sedan.

Los individuos del cuerpo legislativo que se entusiasmaron con el armamento de todos los ciudadanos y con la eleccion de los oficiales, no supieron lo que se hicieron. Mientras ellos hacian discursos sonoros sobre los derechos imprescriptibles del pueblo soberano, otros instruían á este pueblo en el odio irreconciliable contra el Estado, la sociedad, la propiedad y

(2) Declaracion del baron David; *Informacion parlamentaria*, tomo I, página 154.

(3) Segun declaracion de Enrique Chevreau, entonces ministro, se habian repartido diariamente 8,000 fusiles desde la ejecucion de la ley del 12 de agosto; *Informacion parlamentaria*, tomo I, pág. 269.

los propietarios. Las armas que pedían los apóstoles de los principios disolventes para el pueblo, sirvieron para destruir el Estado y establecer la *Commune* (comunidad), en lugar de servir para derribar el imperio y arrojar del país á los alemanes. Cuando despues la revolucion comunista rasgó el velo que cubria su horrible faz, pidió Julio Favre perdon á Dios y á los hombres por haber hecho en el armisticio los mayores esfuerzos para dejar las armas en manos de aquella pandilla incua, que se llamaba guardia nacional, y que ya habia hecho tan punible uso de las armas el 31 de octubre y el 22 de enero. El delito de Julio Favre databa, sin embargo, de mucho mas léjos, es decir, de cuando pidió el 10 de agosto en la cámara el armamento general y se destinaron las legiones de la internacional roja á ser la única defensa armada de Paris. Trochu causó á su patria una herida mortal al dejar disolverse la guardia nacional del orden, dando así campo libre á la guardia nacional de la anarquía.

El 3 de setiembre recibió la emperatriz á las cuatro de la tarde el telégrama del emperador que ya hemos mencionado, en el cual le anunciaba la derrota y prision del ejército francés, así como su prision personal. Esta noticia se extendió con la velocidad del rayo por todo Paris y produjo una excitacion inmensa en todas las capas de la poblacion.

A las seis de la tarde se reunió el consejo de ministros, á cuya reunion habian sido invitados el presidente del senado, el del cuerpo legislativo y los miembros del consejo secreto. La sesion duró dos horas y produjo las tres resoluciones siguientes: primera, no reunir aquella noche al cuerpo legislativo, para evitar una sesion nocturna; segunda, publicar una alocucion en la cual se anunciaba á la nacion la desgracia y se la invitaba á la concordia (1); tercera, reunir todas las tropas disponibles en provincias, dirigiéndolas á Paris y formar un ejército al otro lado del Loira.

Cuando el presidente Schneider llegó á las ocho al cuerpo legislativo, encontró allí un gran número de diputados que no estaban conformes con la suspension de las sesiones y que pedían la convocacion inmediata de la cámara. Una densa masa del pueblo cerraba el acceso á la plaza de la Concordia y al puente; grandes oleadas de gente se movían al grito de: «¡La destitucion!» Aquellas masas podían á cualquier momento pedir entrada en el palacio de Borbon, haciendo así imposible todo debate; y una de ellas, cuando la policia la dispersó, se dió cita para la mañana siguiente delante de la cámara para pedir en union con los obreros la destitucion del gobierno.

En vista de estas manifestaciones, los diputados Keratry y Drolelle pidieron al presidente Schneider que convocara inmediatamente á una sesion nocturna, y así se hizo.

A la una de la madrugada se reunió, en efecto, el cuerpo legislativo y abrió una sesion extraordinaria que duró veinte minutos para oír una proposicion que Julio Favre leyó en nombre de 26 firmantes pidiendo: 1.º Que Luis Napoleon Bo-

(1) La alocucion, redactada por Clemente Duvernois, decia: «Franceses: La patria acaba de experimentar una gran desgracia. Despues de tres dias de heroica lucha entre el mariscal Mac-Mahon y 300,000 enemigos, han caido prisioneros 40,000 hombres. El general Wimpffen, que ha tomado el mando en jefe, en lugar del mariscal herido, ha firmado una capitulacion.

»Este golpe cruel no quebranta nuestro valor. Paris se encuentra hoy en estado de defenderse. Las fuerzas militares se están organizando para hacer frente al sitio. Dentro de pocos dias se hallará junto á los muros de Paris un nuevo ejército, y otro ejército se está formando á orillas del Loira.

»Vuestro patriotismo, vuestra concordia y vuestro valor salvarán á la Francia.

»El emperador ha sido hecho prisionero en la lucha.

»El gobierno, de acuerdo con el poder público, toma todas las medidas que exigen los sucesos. — *El Consejo de Ministros.*»

naparte y su familia fuesen declarados destituidos del poder que les habia concedido la constitucion. 2.º Que el cuerpo legislativo nombrara una comision de gobierno que ejerciera todas las atribuciones del poder, que tuviera la mision especial de resistir á la invasion del enemigo hasta el último extremo y de lanzarle fuera del país. 3.º Que el general Trochu continuara en su puesto de gobernador general de Paris.

La discusion de esta proposicion quedó reservada para la sesion de la tarde del mismo dia y se disolvió la reunion á la una y veinte minutos, costando trabajo á los coches que llevaban á los representantes á sus casas, pasar por entre las apiñadas masas del pueblo, que llenaban la plaza y los muelles del río y que indicaban con sus gritos amenazadores que tan pronto como se hiciera de dia habria grandes manifestaciones contra el gobierno.

A fin de proteger á la cámara y al gobierno contra los sucesos graves que se preparaban y que todo el mundo preveía, el ministro del Interior, Chevreau, consultó con Pietri, el prefecto de policia, el cual le aseguró que habia prevenido á los diferentes jefes de su servicio y que habia encontrado á su gente en la actitud mas decidida, pudiendo tenerse la seguridad de que cumplirían con su deber. Se situaron grandes fuerzas de policia cerca del palacio de Borbon, y cuando el ministro se dirigió al mediodia á la cámara vió que los comisarios de policia y los guardias de paz habian formado con los guardias municipales de la ciudad y los individuos de la policia, que componian juntos 3,000 hombres, una barrera imponente alrededor del cuerpo legislativo. Las tropas y la guardia nacional ocupaban el puente (2).

Estas medidas de precaucion excitaban el disgusto del conde de Keratry, porque eran contrarias al complot que habia formado con los anarquistas. Apenas se hubo abierto la sesion de la cámara (á la una de la tarde), Keratry, en nombre de la oposicion, tomó la palabra y dijo: «La dignidad de la cámara, único poder que en las circunstancias actuales existe, pide que no esté custodiada ni por tropas de línea ni por guardia municipal. ¿Cómo ha podido el señor ministro de la Guerra dar órdenes contrarias á las del general Trochu (3)? El señor ministro de la Guerra ha faltado á su deber.»

El ministro de la Guerra declaró en su defensa que el general Trochu tenia que cuidarse solamente del servicio exterior reclamado por la defensa de Paris y sus obras de fortificacion, preguntando seguidamente: «¿De qué se queja el señor conde de Keratry? ¿Se queja de que engalano demasiado á la novia? Rodeo al cuerpo legislativo de una fuerza para mantener el orden y asegurar á sus debates completa libertad, y el señor diputado se queja. Si no hubiese procedido así, se quejaría quizás de que exponía á la cámara á la presion de fuera.»

Dicho esto, leyó el ministro un proyecto de ley segun el cual debia formarse un consejo de gobierno y de defensa nacional bajo su presidencia, como lugarteniente general. Contra esta proposicion se levantó al momento una oposicion tan decidida, que no dejaba duda de que el proyecto seria rechazado. Thiers presentó, con 46 colegas tomados de todos los grupos de partido, una proposicion contraria que decia: «En atencion á las circunstancias, la cámara nombrará una comision de gobierno y de defensa nacional. Se convocará una asamblea constituyente tan luego como lo permitan las mismas circunstancias.» Estas dos proposiciones y la de Julio Favre fueron declaradas urgentes y entregadas á las

(2) Véase la declaracion de Duvernois; *Informacion parlamentaria*, tomo I, pág. 223.

(3) De aquí puede inferirse que estaba convenido con Trochu no custodiar al cuerpo legislativo.

secciones con encargo de nombrar para las tres una comision de nueve miembros que diera en seguida su dictámen sobre ellas, á cuyo fin se suspendió la sesion á la una y cuarenta minutos, para volver á abrirla á las dos y media. En este intermedio invadieron la cámara la guardia nacional y los anarquistas.

Cuando los diputados se hubieron retirado hasta que se volviera á abrir la sesion, el ministro Chevreau con el director general de su ministerio salió del edificio para ver lo que pasaba fuera; y quedó sorprendido al observar que habian desaparecido las tropas de policia, que á su llegada habian formado una cerca viva alrededor del edificio. Preguntó á dos oficiales de la guardia nacional adónde habian ido á parar las tropas de la policia que custodiaban la asamblea, á lo cual le contestaron: «Se las ha enviado á otro punto, y todavía las puede usted ver desde aquí.» En efecto, se las veía todavía en movimiento de retirada á la altura del muelle de Orsay, y los oficiales añadieron que se retiraban por orden de un general (1).

Desde la una y media estuvo, pues, la cámara sin proteccion y todas sus inmediaciones fueron ocupadas muy pronto por las masas del pueblo.

Al volver á abrirse la sesion habia evacuado ya su tarea la comision de los nueve, y despues de haberse aprobado por unanimidad en el espacio de menos de media hora la proposicion de Thiers y de haberse oido la relacion del ponente, el diputado Martel, quedó la sesion terminada. Martel dijo:

«Vuestra comision ha examinado las tres proposiciones cuyo estudio se le ha encargado, y despues de haberlas puesto á votacion una tras otra ha resultado reunir el mayor número de votos la proposicion del señor Thiers. No obstante, la comision ha agregado á esta proposicion dos aditamentos, uno de los cuales fija el número de los miembros que deben formar el gobierno de la defensa nacional y el otro las atribuciones que deben darse á este gobierno. Este es ahora el texto que sometemos á vuestra aprobacion:

«En atencion á las circunstancias la cámara nombrará una comision compuesta de cinco individuos del cuerpo legislativo.

»Esta comision nombrará los ministros. Tan pronto como lo permitan las circunstancias, se invitará á la nacion á elegir una asamblea constituyente que se pronuncie sobre la forma del gobierno.»

Quedaba asegurada la aprobacion de todos los partidos; la misma emperatriz no habia objetado nada al ser consultada, y la gran cuestion de la creacion de un nuevo poder supremo estaba al parecer en camino de ser resuelta por el acuerdo unánime de todos los interesados. El señor Martel al salir del aposento de la seccion para leer en la tribuna su dictámen, vió en el patio y en los pasillos del edificio caras siniestras. La sala de sesiones habia sido invadida por las masas del pueblo, que se derramaban por todas las partes interiores del edificio, oyéndose un confuso vocerío en medio del ruido de vidrios rotos, de cantares, exclamaciones y alaridos, distinguiéndose entre los gritos los de: «¡Destitucion! ¡república!» y viéndose tambien brillar algunas armas. Eran las dos y quince minutos.

Lo que sucedió entonces debe ser referido con pormenores, porque en ellos se encuentra representada ya la historia ulterior del Paris armado.

En la edicion de la mañana del *Siècle* habia aparecido una noticia en letra pequeña que decia: «Se han dado cita miles de guardias nacionales delante del cuerpo legislativo, sin ar-

mas, á las dos de la tarde.» Siendo domingo, nada tenia que hacer el ejército de obreros de los arrabales, y á las once de la mañana se dirigió con mujeres é hijos por los muelles y los bulevares hácia la plaza de la Concordia, adonde fueron tambien á las doce guardias nacionales sin armas, y jóvenes vestidos de paisano, pero con kepis nuevos en la cabeza. Estos kepis eran el distintivo de los jefes, que debían dar la señal de penetrar en la cámara. Despues de estos llegaron tambien compañías enteras de guardia nacional con sus tambores y precedidas de sus jefes, formando filas correctas.

Que hubo este triple concurso lo dijeron y confirmaron muchos testigos, uno de los cuales (el general Soumain) refirió ante la comision de investigacion: «A las diez y media ví pasar por la plaza de Vendôme la vanguardia de la revolucion; eran hombres que llevaban blusas blancas y gritaban: «¡Destitucion! ¡destitucion!...» pero como estas bandas son frecuentes, precediendo ó siguiendo á los regimientos que salen á hacer sus ejercicios, no me alarmaron mucho. Hácia las doce y media ví algunos caballeros con gabanes y la cabeza cubierta con un kepi, seguidos de guardias nacionales con uniforme, los primeros sin armas, pero despues otros con armas, y entonces creí que se trataba de una manifestacion. Detrás de estos vinieron batallones enteros armados, que silenciosos y en buen orden se dirigieron á la plaza de la Concordia, y entonces me persuadí de que se trataba de una revolucion.»

Siguiendo un plan secreto, dirigido por manos invisibles, se realizó sin obstáculo todo el programa convenido, porque desde la marcha del general Vinoy á Mezieres habia quedado la ciudad sin ejército, y las tropas de la policia habian abandonado en el momento decisivo su posicion delante de la cámara. Uno de los iniciados tuvo el descaro de escribir al cuestor Hebert por la mañana del 4 de setiembre, pidiéndole dos tarjetas de entrada para sí y su hija, «porque querian asistir á la inundacion de la cámara en aquel dia (2)»

Las tribunas de la cámara habian sido invadidas en la primera hora por personas á quienes la policia conocia muy bien como jefes de clubs secretos y que mas adelante fueron conocidas mucho mejor por todo el mundo en tiempo de la *Commune*. En la tribuna que antes habia servido para los diputados se encontró aquel dia tambien el conde de Resseguier, el cual dijo despues á la comision de investigacion que habia estado sentado el citado dia en la tribuna con los señores Miot y Beslay y algunos otros que mas adelante figuraron en la *Commune*; que cuando la conferencia en las secciones se prolongó un tanto, se habian puesto muy agitados; que Miot se habia levantado diciendo que si no se decidian pronto, seria menester acabar, y que él enseñaría cómo se hacia; que despues de decir esto habia salido, y á su vuelta, al cabo de quince minutos, habia dicho: «Ya está hecho, ahí vienen.» En efecto, al momento, primero la tribuna y algo despues la sala de sesiones quedaron llenas del populacho, que vociferaba. En la misma tribuna estaba sentado el general Le-Fló, que dijo despues (3) ante la comision investigadora, sobre la manera de verificarse estas inundaciones: «Comienzan tres, cuatro, cinco ó seis individuos que consiguen persuadir á los guardias y al fin los dejan pasar; á estos siguen diez, veinte, cincuenta hombres de mala facha, y finalmente resulta la cámara inundada por 700 á 800 individuos procedentes no se sabe de dónde y nada recomendables.»

Lo mismo que sucedió en el interior del palacio de Borbon fué promovido en el exterior por miembros de la cámara; porque cuando los guardias nacionales, conducidos por

(2) *Informacion parlamentaria*, tomo II, pág. 151.

(3) *Informacion parlamentaria*, tomo II, pág. 620.

(1) Este general resultó ser Caussade.